

1822.

La revolucion de Veracruz se propagó rápidamente por toda la provincia; mas habiendo sido favorable á Iturbide el principio de la campaña, derrotaron completamente sus tropas en Jalapa el veintiuno de Diciembre á Santa-Anna; resuelto éste á abandonar la empresa y embarcarse para los Estados-Unidos, le disuadió el general Victoria, que, preso en Méjico, habiendo logrado escaparse y tomado parte en la revolucion, se encontraba mandando en el Puente del Rey. Siguió Santa-Anna los consejos de Victoria.

Terminación del año de 1822.

«El año de 1822, que había visto instalar y disolver un Congreso motivo de tantas esperanzas; elegir y coronar un Emperador; en que habían ocurrido intentos de conspiracion, prisiones y sediciones de fuerza armada; en que la escasez de fondos para los gastos públicos había conducido á las medidas más vejatorias, terminaba dejando un Erario exhausto, sin otro recurso que un papel desacreditado; todos los fondos públicos destruidos; el comercio aniquilado; la confianza extinguida; los propietarios hostigados con los préstamos forzosos, de los que no estaba acabado de coleccionar el uno cuando ya se decretaba el otro; restablecidas las gabelas, cuya supresion había sido el primer fruto de la independencian, y aumentadas otras muy gravosas; un Gobierno sin crédito ni prestigio; un trono caido en ridículo desde el día que se erigió; las opiniones discordes; los partidos multiplicados y sólo de acuerdo en el objeto de derribar lo que existía; la bandera de la revolucion levantada en Veracruz, y el suelo minado por todas partes con las logias escocesas multiplicadas en las ciudades, y á que pertenecían los principales oficiales del ejército. No era, pues, difícil prever que una catástrofe se preparaba, y que el año que iba á comenzar sería memorable para Méjico por los grandes sucesos que en él habían de acontecer.»

El cinco de Enero salieron de la capital los generales Bravo y Guerrero á levantar fuerzas contra Iturbide en el Sud: presos en el camino por un teniente coronel de caballería, los volvió á poner en libertad por diez onzas de oro y los arneses de montar, que eran de valor. Además de estos dos generales y de Victoria, tomaron parte en la revolucion casi todos los que habían hecho armas de 1810 á 1819 contra España.

En los primeros días del mismo mes llegó en la fragata de guerra *Constitucion*, y desembarcó en San Juan de Ulúa, la Comision nombrada por el Gobierno español, á consecuencia del acuerdo de las Cortes para tratar con el Gobierno de Méjico. La componían Don Santiago de Irisarri, brigadier de la Armada, y Don Juan Ramon de Osés, conocido éste del lector por lo que de él dejo referido en la pág. 106 del tomo primero; era secretario Don Blas, hijo de Don Juan Ramon, muy respetable magistrado que ha sido oidor en la Habana y vive jubilado en Madrid. El objeto con que se mandó á la Comision, era oír las proposiciones de Méjico, sin exceptuar la de independencian, y celebrar un tratado de comercio. Nombró Iturbide para tratar con ella al capitán de navío Don Eugenio Cortés y á Don Pablo de la Llave, que había sido diputado en las Cortes.

El veinticuatro, á pesar de la revolucion, se hizo en la capital con gran solemnidad la jura del Emperador, y el Consejo de Estado mandó acuñar una medalla, que de oro presentó á Iturbide el general Negrete como decano del cuerpo.

Dió Iturbide el mando de todo el Sud á Armijo, que tenía el de Cuernavaca, y hasta los últimos momentos no había tomado parte en la independencian, como recordará el lector; aumentó sus tropas con el regimiento de granaderos á caballo mandado por el brigadier Don Epitacio Sánchez, el insurgente indultado, que fué

1823.
Evádense de la capital Bravo y Guerrero.—Incidentes de su fuga.—Toman parte en la revolucion casi todos los insurgentes.

Llegan á San Juan de Ulúa los comisionados españoles.—Sus instrucciones.—Personas que nombra Iturbide para tratar con ellos.

Se hace la jura del Emperador en la capital.

Toma el mando de todo el Sud Armijo.—Accion de Almolonga.—Es gravemente herido Guerrero, y muerto Epitacio Sánchez.—Vence Armijo.

1823.

muy leal á Iturbide, y con algunas tropas que mandaba el coronel Matiauda, español. Marchó Armijo con el objeto de apoderarse de Chilapa; le salieron al encuentro Bravo y Guerrero que habían ocupado la fuerte posición de Almolonga, que atacó Armijo el veinticinco de Enero, subiendo con resolución al asalto la compañía que había sido de realistas de Jiutepec, á los que hizo frente Guerrero, el cuál recibió una herida de bala que le entró en el pulmon, y creyéndole muerto su gente, entró en desórden: para decidir la acción avanzaron los granaderos á caballo con Don Epitacio Sánchez á su frente, mas á poco andar fué muerto éste de un balazo en la cabeza. Retrocedieron los suyos arretrados con la muerte de su jefe: no ménos atemorizados los de Guerrero, abandonaron la artillería y el campo, sin que pudiera detenerlos Bravo, que fué arrastrado en la fuga. A Guerrero le tomó un soldado en su caballo y le ocultó en un barranco, de donde le retiró á su choza un indio, y en ella se curó tan imperfectamente, que quedó enfermo toda su vida. Bravo se retiró con la gente que pudo recoger hácia Putla, y se situó en un rancho llamado de Santa Rosa. Armijo llegó en el mismo dia á Chilapa, y fué recibido con aplauso: desde allí dió parte de lo acaecido al Emperador, suponiendo muerto á Guerrero y concluida con ésto la guerra en el Sud.

Dificultades del sitio de Veracruz.— Quien era Echávarri.— Acta de Casamata.

Mandó Iturbide al general Echávarri con fuerzas para sitiar á Veracruz; se le figuraba la empresa más fácil de lo que verdaderamente era. «La plaza de Veracruz no tiene más defensa por el lado de tierra, que una tapia con algunos bastiones artillados; pero aunque sea muy débil para un enemigo que la ataque con todos los medios necesarios, puede considerarse como inexpugnable para los que han podido emplear contra ella los gobiernos mejicanos, cuyas fuerzas han estado en

1823.

el caso de sitiarla. Iturbide asegura en su Manifiesto «que nada faltaba á Echávarri, pues había puesto á su disposición tropas, artillería, víveres y dinero; que la guarnición estaba acobardada y los jefes decididos á abandonar la plaza; que la poca elevación y debilidad de las murallas hacía muy fácil un asalto cuando no se quisiese abrir brecha, y por cualquiera parte podía hacerse practicable en una hora;» pero la verdad es que las tropas empleadas en el sitio no llegaban á tres mil hombres, mucha parte de ellas de caballería, y por tanto poco útiles para tal empresa; que la artillería era de campaña y no del calibre suficiente para abrir brecha, ni aún en aquellas débiles murallas; y que los soldados sin tiendas ni otro abrigo, como sucede siempre en los ejércitos mejicanos, sufrían mucho de un temperamento á que no estaban acostumbrados, carecían de socorro y aún estaban escasos de víveres. Por el contrario la guarnición, léjos de tener el desaliento que Iturbide suponía, estaba poseida de aquel entusiasmo que Santa-Anna ha sabido siempre inspirar á los que lo han seguido en sus revoluciones, y era bastante para defender la ciudad contra las fuerzas que podían atacarla; la artillería de los bastiones era de calibre superior á la de los sitiadores, y además Santa-Anna contaba con todos los auxilios que le franqueaba el comandante de Ulúa, el cuál le había provisto de galleta, armas y municiones, y si hubiera sido menester, habría pasado también tropa del castillo á defender la ciudad, de manera que nada faltaba en la plaza, excepto los víveres frescos, miéntras todo escaseaba en el campo sitiador.»

Era el general Echávarri un vizcaíno que había ido muy jóven á N. España; enviado á una finca de campo se había convertido en un verdadero campesino, gran ginete; lo que se llama un *ranchero* en lenguaje meji-

1823.

cano. Sobrevino la insurreccion; salió de alférez en uno de los cuerpos provinciales de caballería, y llegó á capitán con grado de teniente coronel por su gran valor. Hombre de limitada inteligencia, sin ninguna instruccion, le habían hecho creer que sería un gran hombre si se afiliaba en la francmasonería, y «recibido recientemente en las logias, tenía toda la obediencia de un novicio; lo mismo sucedía con Cortazar, Lobato y la mayor parte de los jefes del ejército sitiador; todos además estaban persuadidos de que no podía llevarse más adelante el sitio, y que tendrían que levantarlo con mengua de su reputacion, consideracion entónces de gran peso. Por otra parte en el nuevo plan se guardaba el respeto debido al Emperador, y con ésto no dudaron obedecer lo que se les mandaba por sus ocultos superiores, tanto más fácilmente cuánto que de esta manera creían dejar á cubierto sus deberes, y salir honrosamente de un paso tan difícil. En consecuencia, en primero de Febrero formaron una Acta que por el lugar en que se firmó, se llamó de «Casamata,» la que suscribieron todos los jefes y un individuo por clase del ejército sitiador. En ella, partiendo del principio de que la patria se hallaba en peligro por falta de la representacion nacional, acordaron la convocacion de un nuevo Congreso, pudiendo ser reelegidos los diputados del Congreso disuelto, que por sus ideas liberales y firmeza de carácter se habían hecho acreedores al aprecio público, ratificando los cuerpos que componían aquel ejército, el juramento solemne de sostener á toda costa la representacion nacional. Debían mandarse comisionados á poner este acuerdo en conocimiento del Emperador, de los jefes de la guarnicion de la plaza y del Puente del Rey, así como de la Diputacion provincial de Veracruz, la cuál había de ejercer el gobierno político entretanto se efectuaba la reunion del Congreso. En el Acta se

1823.

asentó que el ejército no atentaría nunca contra la persona del Emperador, por considerarlo decidido por la representacion nacional; pero protestaba el mismo ejército no separarse miéntras el Congreso no lo dispusiese, atendiendo á que era quien lo sostenía en sus deliberaciones, situándose en las villas ó en donde la necesidad lo exigiese.

»Tal fué el célebre plan de «Casamata,» por el que los masones cambiaron con suma habilidad el aspecto de la revolucion, y haciéndolo depender todo del Congreso que había de reunirse, consideraban seguro su triunfo, pues no podían dudar que ellos serían los que dominasen en aquel cuerpo. El Ayuntamiento de Veracruz se declaró por él el dia dos, por lo que lleva aquella fecha. Los jefes de la plaza, iniciados en las logias, lo adoptaron tambien, desistiendo de la proclamacion de república que habían hecho y de la idea de restablecer el Congreso disuelto, así como Echávarri olvidó sus resentimientos contra Santa-Anna, dando justo motivo de que Iturbide le acusase de haber olvidado tambien su amistad y los favores de que lo había colmado. Sin embargo, no es cierto lo que insinúa Iturbide, aunque dejándolo al juicio de los que no puedan ser tachados de parcialidad, que Echávarri obrase en ésto acordándose de su origen, como no lo es tampoco que Santa-Anna procediese instigado y dirigido por los españoles de Ulúa, como el mismo Iturbide se empeñó en persuadirlo para hacer odiosa la revolucion. Desde entónces ha sido el tema favorito de Iturbide y sus parciales, así como del partido que éstos despues fomentaron ó robustecieron, atribuir todas las revoluciones á la influencia de los españoles que habían quedado en el país, como si unos hombres inclinados á la tranquilidad por sus intereses y familias, anonadados por las circunstancias, y tan llenos de terror que

Es adoptado el plan de Casamata por el Ayuntamiento y los jefes militares de Veracruz.—Observaciones.

1823.

apénas se atrevían á hablar, pudiesen ejercer tal influencia cuando todo les era desfavorable. Todo en la revolucion fué momentáneo y sin relacion con los españoles ni con ningun otro, y no vino á tener una direccion sistemática, hasta que se apoderaron de ella los masones, los cuáles, y no el recuerdo de su origen, fueron los que decidieron á Echávarri al partido que tomó, así como decidieron tambien á Cortazar y á Lobato, de los cuáles el primero no había nacido en España, y el segundo no tenía en su sangre ni una gota de aquella nacion.» pues descendía de indio y negro: había sido zapatero y de soldado realista se había pasado á los insurgentes.

Objeto del plan de Casamata y de los masones escoceses.—Conducta desleal de varios jefes, en particular de Cortazar y Echávarri.

«El único aunque disimulado objeto del plan de Casamata fué derribar á Iturbide, á lo que concurrieron aún sin entenderlo, los numerosos enemigos que éste se había hecho con la prision de los diputados, disolucion del Congreso, préstamos forzosos, ocupacion de la conducta, medidas contra los españoles, proclamacion y coronacion de emperador, y tantas otras causas que habían ido acumulando materiales para el incendio que tan pronto se propagó en todas direcciones. Los masones, pues, desde que preponderaron en ellos los diputados que regresaron de España, siempre quisieron una república central, que dependiese enteramente de ellos ó de sus amigos, y gobernada por las logias; y como los principios que profesaban eran respetar las propiedades y las personas, una libertad moderada, y hacer todas las reformas intentadas por las Córtes de España con prudencia y medida, aunque este último objeto trascendiese poco y fuese ménos conocido, nada tiene de extraño que á un centro pequeño, pero organizado de masonería, se uniesen sin pertenecer á ella, y muchos aún sin entender que favorecían sus miras, los antiguos borbónicos, que, reducidos á ideas meramente

1823.

especulativas, ya que éstas no podían realizarse, querían más una república que el imperio de Iturbide, no por despique, sino por la conviccion que tenían de que una monarquía con una dinastía de nuevo origen, reúne todos los males de una república á todos los inconvenientes de la monarquía; los españoles, que encontraban en aquella apoyo y defensa en las persecuciones que se les suscitaban; los propietarios, que querían seguridad; el clero, que se veía atacado en sus principios, su respeto y sus bienes, y todas las demás clases que buscan tranquilidad, decoro y proteccion. Esto fué lo que dió tanta fuerza á los escoceses, y lo que ha hecho que este partido, mudando á veces de medios para llenar el mismo objeto y aprovechando la experiencia de lo pasado, en medio de las vicisitudes de las revoluciones, haya seguido por diversas gradaciones hasta venir á ser hoy, aunque sin forma alguna de logias ni ningun género de organizacion, lo que se conoce con el nombre de conservadores; con lo que se demuestra que, cuando un escritor muy apreciable de nuestros días,—el Señor Don Luis G. Cuevas, en su «Porvenir de Méjico»—ha dicho que los monárquicos fueron los que crearon la república, hay en ésto más bien un juego ingenioso de palabras que una verdad histórica.»

Firmó el *Acta* de Casamata la mayor parte de los jefes que más habían adulado á Iturbide, y excitádole á que disolviera el Congreso; era uno de los primeros firmantes el brigadier Don Luis de Cortazar que fué el encargado, por haberlo suplicado á Iturbide, de ejecutar la órden de éste, como recordará el lector. Pero nadie se condujo con tanta ingratitud como el general Echávarri, de quien dijo en su Manifiesto Iturbide: «Me había merecido las mayores pruebas de amistad, lo había tratado siempre como un hermano, lo había

1823.

elevado de la nada, en el orden político, al alto rango que ocupaba, le había hecho confianzas como á un hijo mio.»

Pronunciamento de la Diputación provincial de Puebla y del Marqués de Vivanco.—Se pronuncian casi todas las diputaciones y casi todos los ayuntamientos.—Se propaga la revolución.—Ramos Arizpe.—Toma Morán el mando de los revolucionarios.

El catorce de Febrero, puesta de acuerdo con el Marqués de Vivanco, capitán general de la provincia, se pronunció la Diputación provincial de Puebla por el plan de Casamata. El ejemplo de la de Puebla fué seguido inmediatamente de casi todas las demás; y de la generalidad de los ayuntamientos; donde algún jefe quiso oponerse fué depuesto del mando, como sucedió en San Luis de Potosí al brigadier Don José Zenon Fernández. Se pronunciaron Barragan en Querétaro, en Guanajuato Otero; por todas partes se propagaba la revolución y le faltaban á Iturbide sus mejores amigos, pues hasta Armijo, que tan decidido por él parecía al principio y que era el último en abandonar sus banderas, como había sucedido en 1821, se declaró en Cuernavaca en favor del plan de Casamata. El canónigo Ramos Arizpe no perdió esta ocasión de manifestar su liberalismo: salió excitando á la revolución por las calles del Saltillo, montado en una mula y con un trabuco en el arzon.

Llegó á Puebla el ejército pronunciado; insistió allí en la renuncia de su mando Echávarri, pues la había hecho antes en Casamata, y admitida lo tomó el Marqués de Vivanco.

Manda comisionados á Puebla Iturbide.—Conducta de Negrete.

Iturbide, contra lo que había dicho en un Manifiesto el nueve de Febrero, que indicaba su decisión de no dejarse imponer por la fuerza armada, nombró para que fuera á tratar á Puebla con los jefes que habían firmado el acta de Casamata, una comisión compuesta del general Negrete, el canónigo y consejero de Estado Robles, los licenciados Espinosa de los Monteros y Martínez de los Ríos, individuo éste de la Junta Instituyente, y Don Carlos García, jefe político de Puebla, los

1823.

cuáles después de varias conferencias nada arreglaron, y Negrete tomó partido con los revolucionarios. En un impreso suelto que publicó pocos días después—el ocho de Marzo—dijo que su comisión estaba concluida, y había dado cuenta al Emperador de todo lo ejecutado; pero que habiendo cumplido con los deberes de Estado, los que le imponía la calidad de ciudadano libre le habían impelido á quedarse y adherirse al plan proclamado, estando convencido de que la causa que el ejército defendía era la más justa.

Luégo que hubo tomado parte Negrete en la revolución, quiso cederle el Marqués de Vivanco el mando que le correspondía por su graduación; mas no quiso admitirlo.

De los pocos jefes mejicanos leales á Iturbide, fueron los generales Andrade y Bustamante, y los brigadieres Gómez Pedraza y Zenon Fernández; los militares españoles estuvieron divididos en la revolución: si Negrete, Echávarri, Arana, Villa Urrutia y otros tomaron parte en ella, fueron leales á Iturbide hasta el último momento Rodríguez de Cela, Matiauda y algunos otros.

Dió Iturbide otro paso de debilidad: sabiendo que había en la capital ciento nueve diputados del Congreso disuelto, lo convocó para el siete de Marzo, en cuyo día, aniversario de los acontecimientos de Madrid de 1820, se reunió. En su discurso procuró disculpar la disolución: pasando ligeramente sobre este punto, dijo que no era aquella la ocasión de hacer cargos y exculpaciones, siendo el día feliz de la reconciliación. El resto de su lenguaje era el de la debilidad; Iturbide había perdido completamente su prestigio. Sólo se reunieron cincuenta y ocho diputados, de los cuáles algunos, como Don Carlos María Bustamante, habían salido para la apertura de

No acepta Negrete el mando de los revolucionarios.—División de opiniones entre los jefes españoles.

Convoca Iturbide al Congreso.—Movimiento del pueblo en su favor.